

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 3. El camino de la paternidad en el tiempo

ESQUEMA:

1)	Su fundamento: la genealogía	1
2)	Su expresión: la mutua pertenencia.....	2
3)	Padres de hijos que cambian: las edades de la vida y su referencia a la paternidad	2
4)	Prácticas de paternidad y maternidad en el tiempo de los hijos.....	3
5)	Los cónyuges de los hijos: prolongación de la paternidad	4
6)	Cuando muere un hijo	4
7)	¿Y cuando muere un cónyuge?	5
8)	Para concluir	5
9)	Concretando.....	5
10)	Y ¿cómo puedo ampliar?	5

* * *

La historia de Tobías y Sara nos sugiere una relación entre padres e hijos que no se reduce a un único momento o estado, sino que está en constante crecimiento y desarrollo. Algo que se expresa mediante el largo viaje de Tobías desde Nínive a Ecbátana y las diversas peripecias hasta conseguir desposar a Sara, así como en el viaje de vuelta a la casa de su padre Tobit. La paternidad se realiza en el tiempo.

1) **Su fundamento: la genealogía**

El proceso de generación tiene muchas similitudes y muchas diferencias entre los diferentes animales. Una concepción que necesita de dos, un parto que realiza uno solo, una crianza en la que colaboran los dos. Y después, a volar del nido. Pocos son los animales que mantienen una relación de paternidad y filiación en el tiempo. Y entre ellos, el caso del hombre es único: aquel acto en el que se acogían los esposos encerraba una densidad radical, porque en la mutua acogida acogían al hijo que pudiera venir vinculándose a él de por vida. Sí, después estará la gestación, y el nacimiento y la crianza. Pero también la educación y una relación que va madurando a lo largo de los años, engrandeciendo y embelleciendo la vida.

En esos años encontraremos de todo, como en toda navegación: momentos preciosos y momentos difícilísimos, momentos agradables y momentos anodinos, momentos en los que uno desearía no haber concebido y momentos que colman de dicha. ¿Qué sostiene el rumbo decisivo? Una memoria: este hijo es nuestro hijo, nosotros lo hemos engendrado dándole parte de nuestro ser. Su cuerpo nos lo recuerda. Su biología lo testimonia. Sus genes son nuestros genes. Y es que la paternidad se funda en la biología. Sin organismo es imposible engendrar. Los ángeles no saben de esto. El árbol genealógico se enraiza en los genes, a través de ellos pasa una vida y una historia.

El cuerpo del hijo testimoniará siempre su origen. Y así la navegación de la paternidad tiene la memoria viva de la bondad de lo que ocurrió en el origen y por ello, de la bondad de la promesa. Más allá del momento de la navegación, de simpatías o antipatías: somos nosotros quienes le hemos dado su ser corporal.

La paternidad se funda en esto, pero (¡ojo!) no se reduce a esto: requiere poner nombre. Por ello también la paternidad adoptiva se reconoce en el hijo. La genealogía de Jesús nos expresa cómo, al ser acogido por José como hijo suyo, entra en la genealogía del rey David (Mt 1,1-17): es Mesías gracias a la adopción. Pero de esto –de la paternidad adoptiva– hablaremos en otro tema.

2) Su expresión: la mutua pertenencia

Se engendra gracias al cuerpo. Bendito cuerpo que permite algo tan hermoso. Y al dar nombre se reconoce el origen y la mutua dependencia: mi hijo, mi padre. ¿No es excesivo decir “mío”? El coche, la casa, el perro, el trabajo... son míos, pero de formas distintas. Cuánto más distinto es aplicarlo a las relaciones personales: “mi empleado”, “mi jefe”, “mi amigo”, “mi colega”... Aquí ya no hablamos de una posesión, sino de una relación de trabajo o amistad que me implica y me enriquece. Esta implicación mutua llega a su máxima expresión en las relaciones familiares: “mi mujer”, “mi esposo”, “mi padre”, “mi hija”. Aquí el “mío” no indica posesión sino una nueva pertenencia. Las cosas se poseen, las personas nos pertenecemos unos a otros. Y esto no nos empequeñece sino que por el contrario hace grande nuestra vida.

Lo que dominamos, lo usamos; por el contrario, a aquel que nos pertenece y a quien pertenecemos, lo promovemos. Por ello esta pertenencia personal no tiene el sentido del dominio o el uso, como si el padre o el hijo fueran un objeto a voluntad de su poseedor; sino que designa una alianza mutua, invisible pero más fuerte que el diamante.

Al decir “mi madre” o “mi hijo”, por tanto, no se habla egoístamente de algo que se posee, sino que se reconoce el recíproco don que uno es para el otro. Es “mi madre” porque de ella procedo; es “mi hijo” porque procede de mí, de nosotros, y mi –nuestra– identidad está ligada inseparablemente a él, que en cierto modo nos ha hecho nacer de nuevo. Padres e hijos se pertenecen mutuamente. Pero es una pertenencia dinámica: va madurando a lo largo de las etapas de la vida, y así va agrandando el corazón de los miembros de la familia. La mayoría de edad de los hijos no supone el fin de la paternidad, sino la entrada en una forma nueva, y más plena, de implicación y pertenencia.

3) Padres de hijos que cambian: las edades de la vida y su referencia a la paternidad

La paternidad no es un solo estado, sino también y sobre todo un camino. Porque los hijos cambian: desde el día 1 de su existencia, lo propio del hijo es crecer, cambiar. Por eso, lo propio del padre es caminar junto a los hijos, “reinventando” cada día su paternidad para adaptarse al nuevo paso de ese hijo cuyas piernas al principio no podían sostenerle, y que de pronto empieza a dar zancadas...

La misión de los padres es engendrar a su hijo a la vida plena, conforme a la etapa que recorre. Cada etapa tiene su propia densidad y no está simplemente en función de lo que está por venir. Por ello los padres pueden vivir una plenitud con su hijo que todavía no habla y con su hijo que ahora establece un diálogo con ellos sobre

su futuro cónyuge. Solo quien vive bien la etapa en que se encuentra podrá vivir bien la etapa que vendrá.

Cambian los hijos, y con ellos cambian también los padres. Los avatares de la navegación de los hijos descubren a los padres dimensiones nuevas de su paternidad. Uno no es padre y ya está. Uno aprende a ser padre con los hijos que cambian. Y así, cambiando con ellos maduran con ellos.

¿Cuál es su tarea como padres? Ayudar a los hijos a que lleguen a ser padres de sí mismos: esto es, a que engendren las elecciones fundamentales de cada etapa de la vida, y ayudarles a mantenerlas. Quien engendra y sostiene, ese es verdadero padre y madre en el tiempo. Ese camino es un todo continuo: es el mismo hijo el que va creciendo y cambiando, a veces con saltos que parecen rupturas. Es la misma promesa la que sigue iluminando, quizá purificándose con esas rupturas y sinsabores.

4) Prácticas de paternidad y maternidad en el tiempo de los hijos

¿Cómo podríamos describir esas etapas? Aprender a ser hijo: esta es la gran tarea de nuestra vida, porque sólo quien sabe ser hijo puede llegar a ser esposo y padre. Esta tarea comienza en la primera **infancia**: el niño pequeño ha de aprender a ser hijo, pasando del egocentrismo propio del infante al reconocimiento y gratitud a sus padres; la vivencia de la fraternidad con los hermanos que van llegando le ayuda a salir de sí y a reconocerse hijo, participe de algo más grande: su familia. Los padres deberán generar en él la virtud de la *pietas*, “piedad filial”, ayudándole a vivir en gratitud al amor que le precede y en colaboración con sus hermanos.

Cuando llega la **adolescencia** se abre el universo de la amistad como un reto nuevo: la labor de los padres es entonces ayudar a sus hijos a elegir de verdad a sus amigos, a ser buenos amigos de sus amigos. Esto les permitirá también integrar la experiencia del enamoramiento. ¿Tarea de los padres? Ayudarles a descubrir la promesa que desvela, y que por la grandeza que comporta requiere señorío nuevo, y aprender a esperar el tiempo del amor. El ideal de justicia que caracteriza a los jóvenes ha de ser también encauzado por los padres para que puedan expresarlo en prácticas que no generen en ellos desilusión o desencanto, sino que les convenzan de la belleza de dar la vida por causas que merecen la pena. En definitiva, las virtudes a desarrollar son la castidad y la justicia, aprendiendo a ordenar sus afectos y entregarse a su tarea. Nueva paternidad en los padres.

Y llega entonces la etapa de la **juventud**, momento de las grandes decisiones: la carrera, el trabajo, la elección vocacional ya sea en el matrimonio o la entrega a Dios. ¡Qué importante es el respaldo activo de los padres para que puedan emprender su camino con magnanimidad y esperanza! Esto les permitirá enfocar la vida buscando una fecundidad que los haga crecer, que configure una vida grande y bella. Qué gran delicadeza requiere este momento en los padres, para saber ayudar y sostener a los hijos sin quitarles protagonismo, pero tampoco sin dejarles solos ante las grandes elecciones.

Los años pasan y ya los hijos han salido adelante en su matrimonio y en sus trabajos: llega el tiempo de la **madurez**. Y ahora los padres, convertidos en abuelos respetables, son el testimonio de una sabiduría, de una tradición familiar, de una misión en la vida. Quien ha llevado adelante la navegación de la vida se convierte en referencia firme para quien sigue en alta mar. Los padres-abuelos son el gran testimonio de la fidelidad: ese rumbo que han dado a la vida es el adecuado. Y

ninguna tormenta ni ninguna calima supone variarlo. Se afianza así en los hijos ya adultos la tenacidad, y el abrirse a una fecundidad nueva en la sociedad y la Iglesia. Porque atenaza el peligro de apoltronarse en la propia comodidad: los padres-abuelos recuerdan lo que es poner su experiencia al servicio de los demás. Vamos, que no es hora de dedicarse plácidamente al golf entre cincuentones, sino que es momento de ponerse a trabajar para otras familias. Padres mayores e hijos adultos viven ahora una alianza nueva, porque se abren a gratitud nueva: sólo cuando tienen a sus hijos en brazos, empiezan a comprender de verdad –como decía una joven madre– cuánto los han querido a ellos sus padres. Y entonces la relación con los padres se transforma en una amistad tejida de agradecimiento, alianza y confianza. Quizá también de perdón que cure heridas viejas.

5) Los cónyuges de los hijos: prolongación de la paternidad

Cuando Ragüel, el padre de Sara, celebra el matrimonio de su hija con Tobías, declara solemnemente al joven: “¡Ten confianza, hijo! Yo soy tu padre y Edna tu madre para siempre, como lo somos de tu mujer. ¡Ten confianza, hijo!” (Tob 8,21). Todas las culturas tienen una abundante sabiduría en torno a suegros y yernos, suegras y nueras; y generalmente, no todos salen bien parados... Ciertamente al desposar a un hombre o a una mujer se entra en una nueva familia, con todo lo que ello conlleva de riqueza pero también de dificultad. Sería absurdo negar la exigencia de salir de sí mismo que esto implica, para unos y para otros. Pero sería también miope no asumir la verdad que implican las palabras de Ragüel. Porque si “el parentesco político” supone un reto, es más aún (y antes) una riqueza. Ya veíamos cómo los esposos llegan a la paternidad/maternidad gracias al cónyuge: los suegros tienen por tanto un motivo inmenso de agradecimiento a los esposos de sus hijos, pues gracias a ellos son abuelos, gracias a ellos sus hijos son padres. A la vez, los yernos/nueras saben que su cónyuge es fruto de un amor, de un don recíproco entre quienes lo engendraron y acogieron. Por ello, más allá de todas las dificultades, ven siempre en ellos esos “nuevos padres” a los que poder querer y demostrar comprensión y gratitud; y en la familia del cónyuge descubren una forma nueva de vivir la fraternidad.

6) Cuando muere un hijo

Todo lo anterior parece verse anulado cuando los padres viven la muerte de un hijo, ya por enfermedad, ya por accidente. Ese fruto del amor que es el hijo o la hija, y que ha pasado a formar parte de sus padres más que ellos mismos, deja en su vida un vacío imposible de colmar.

El abismo de dolor que viven obliga a los padres a situar el nuevo parto, el parto definitivo en el que están dando a luz a su hijo: lo están engendrando a la vida definitiva, a la vida que no acaba porque participa de la plenitud de Dios. La fe abre los ojos para ver la nueva relación que con el hijo se establece. Por lo demás, la experiencia nos habla de tantos padres y madres cristianos que desde la fe han sobrellevado el dolor por la pérdida del hijo y lo han transfigurado en un amor más hondo. Porque, como dice el libro de la Sabiduría, “la vida de los justos está en manos de Dios, y ningún tormento los alcanzará” (Sb 3,1): ellos saben que el fruto de su amor está ya en manos del Padre, y que un día volverán a reunirse con él en un abrazo permanente y gozoso. Y experimentan la promesa encerrada en las palabras de Jesús: “También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría” (Jn 16,22).

7) ¿Y cuando muere un cónyuge?

Hay ocasiones en que la tragedia reviste otra forma, mediante la muerte prematura del padre o de la madre. Entonces, el viudo o la viuda sienten que el mundo se les cae encima: la promesa que dio origen a su matrimonio, su deseo de vivir hasta la ancianidad con el otro, parece derrumbarse. “Hasta que la muerte os separe”, escucharon cuando llegaron a ser uno. Y ahora la muerte separa.

¿Separa? ¿Qué es la muerte para un cristiano? Es el paso al Padre. La sentencia se entiende así en modo diferente: juntos hasta que uno pase al Padre. Juntos, porque el camino es uno para los dos. Y uno deja al otro en las manos del Padre. Y el otro se despide con las palabras de Jesús. Separa. Sí, pero para un nuevo encuentro, cuando Dios será todo en todos.

El que queda, sabe que deberá ser padre y madre a la vez de los hijos. El viudo es icono vivo para sus hijos del amor que los ha generado. Sabe que sus hijos le necesitan, pues sin su esperanza no podrán dar sentido a su sufrimiento y a la falta del padre o la madre. No es sencillo llenar el hueco que ha dejado quien ha partido. Y experimenta soledad. Pero sabe que no está solo. En la comunión de los santos: esto es, en la amistad con quien ya ha llegado y que en la tierra formaba unidad con uno, encuentra compañía nueva. En su dolor descubre una nueva fecundidad: enraizar a sus hijos en la amistad que le ofrece la Iglesia.

La amistad permanece también en el caso de unas nuevas nupcias; porque en este caso, el nuevo cónyuge no pretende sustituir a la persona amada que descansa en manos del Padre celestial, como no pretende sustituir al padre o la madre difuntos. La alegría de que en la familia vuelva a haber una figura paterna o materna se integra así en la historia de esa familia como una bendición con la que Dios ha querido sanar las heridas y abrir horizontes nuevos, en ese camino hacia la casa del Padre donde no habrá llanto ni dolor y viviremos nuestra común fraternidad.

8) Para concluir

¡Qué gran error el de los padres que piensan que, por ser ya mayores, “estos temas no son para ellos”! Vaya si lo son... Porque el misterio de la paternidad/maternidad abarca toda la vida y asume formas y retos nuevos; sólo quien lo comprende y lo asume puede vivir de verdad esta vocación, la más grande y bella.

9) Concretando

1. ¿Se es padre de una vez por todas o el tiempo va abriendo nuevas dimensiones de la paternidad?
2. ¿Por qué decimos que un hijo es “mío”? ¿Y que yo soy “su” padre?
3. ¿Cuáles son las elecciones fundamentales que los padres ayudan a sus hijos a tomar? ¿Cómo ayudarles a mantenerlas?
4. ¿Destruye la muerte la promesa de la paternidad?

10) Y ¿cómo puedo ampliar?

- Ratzinger, J./Benedicto XVI, *La infancia de Jesús* (Madrid: Planeta, 2012), Capítulo I: “¿De dónde eres tú?”, especialmente las pp. 12-18 (genealogía de Jesús).
- Romano Guardini, *Las etapas de la vida* (Madrid: Palabra 1997).